

LA ÚLTIMA VOLUNTAD DE MAESE ORDOÑO

Maese Ordoño revisa con detenimiento los planos que sostiene en sus manos, sin saber todavía cómo ha aceptado realizar tal proyecto. Maese Ordoño es un maestro de obras, contestatario y escéptico, impregnado de un grave ateísmo que cree que puede impedirle llevar a cabo con eficacia el trabajo que se le ha encomendado.

Las cuadrillas de artesanos, separados físicamente por gremios, trabajan ya en un maremágnum de oficios donde se confunden los golpes de los martillos con las órdenes de los capataces. Los canteros cortan y pulen las piedras; los carpinteros construyen encofrados y andamiajes; los albañiles preparan las amalgamas que unirán los sillares. Aprendices y oficiales se mueven como hormigas en el hormiguero de manera ordenada y laboriosa, atendiendo cada uno, según su cometido, al trabajo que les ha sido asignado.

Maese Ordoño observa el ir y venir de los artesanos y, por un momento, se siente satisfecho. Luego regresa a sus turbios pensamientos y, desanimado, se deja caer sobre un sillar.

Cuando la diócesis de Osma le ofreció la construcción de una segunda iglesia en San Esteban de Gormaz no supo qué contestar. Él no era un maestro de obras versado en el arte religioso. Quizá por su poca devoción por el clero o quizá por su acentuado ateísmo. La mayor parte de su vida de arquitecto la había dedicado a obras laicas y militares. La iglesia que se le había encomendado realizar sería la primera en su larga trayectoria como constructor. Sin embargo, el amplio presupuesto con el que contaba ofrecido por el rey Alfonso VII, el espléndido emplazamiento donde debía ser construido el templo y el reto que suponía realizar una obra para la que no se creía capacitado por sus creencias, fue un desafío que le cautivó.

Ahora, contemplando el ir y venir de los artesanos, el polvo que sale de las piedras al ser cortadas, el bullicio de los aprendices, el ruido de las herramientas y la evolución de los trabajos siente una dualidad, mezcla de satisfacción y de remordimiento. Intenta espantar el remordimiento como el que espanta una mosca y continúa revisando los planos y dando órdenes a su capataz para que nadie permanezca parado.

Ha anochecido y Maese Ordoño, embozado como si de un delincuente se tratara, se pasea por los alrededores de la iglesia de San Miguel con un candil en la mano. La galería porticada -que destaca por su belleza en el conjunto

arquitectónico- le tiene obsesionado. No ha visto en ninguno de los documentos que ha consultado para diseñar los planos de la iglesia en la que trabaja, nada similar. Con un pergamino en una mano y una pluma en la otra, acerca el candil a las columnas y va tomando nota de su factura. Luego ilumina los capiteles y se sorprende al descubrir su exótica decoración. Le extraña que los personajes que aparecen vayan ataviados con caftanes y turbantes, como si fueran árabes. Sin embargo, debe reconocer que el conjunto es armónico y cautivador. Se apoya en la baranda y traza esquemas de lo que contempla. Quizá, piensa, pueda enriquecer su obra con una galería porticada similar.

Las obras de la iglesia que está construyendo Maese Ordoño avanzan con rapidez. Su ubicación en un altozano situado en la vega del río Duero hace que destaque sobre la arquitectura de la villa medieval donde está enclavada. Maese Ordoño se siente satisfecho de la evolución de los trabajos. Todas las peticiones que ha realizado para acelerar la construcción del edificio han sido satisfechas. Le han dado más artesanos, materiales de mejor calidad y le han facilitado maestros canteros especializados en la escultura, maestros vidrieros y maestros herreros que se encargarán de trabajar en la ornamentación. Está sorprendido de que sus demandas hayan sido aprobadas, casi, sin objeción.

La conjunción de las artes escultóricas, arquitectónicas y constructivas está dando unos resultados que le llenan de satisfacción. El templo, de estilo románico, tiene ya la nave central y el ábside semicircular terminados. La portada de acceso al templo seguirá la estructura de la vecina iglesia de San Miguel y también la galería porticada que ha añadido a los primeros planos. Esto ha suscitado algunas críticas a su trabajo, ya que le acusan de no ser original y de copiar una obra ya realizada, pero él piensa que si esa obra es tan buena que sirve de modelo para otras posteriores nadie debería avergonzarse de imitarla. Él, desde luego, no se avergüenza, pero para diferenciarse realizará más arcos en la galería y utilizará una ornamentación diferente. Tiene la intención de superar la obra a la que copia.

Con la pluma en la mano, despliega sus apuntes y revisa el conjunto. Tras varias visitas a San Miguel, le han ido surgiendo ideas que está decidido a incluir. La portada tendrá un arco de medio punto y tres arquivoltas. Las dos externas apoyarán sobre columnas con capiteles, la interior lo hará sobre jambas. La pluma se desliza con rapidez sobre el papel y va trazando lo que Maese Ordoño tiene perfectamente

delineado en su imaginación. Unas veces, lo que surge de la mano no se corresponde exactamente con lo que hay en su mente y lanza una exclamación de disgusto; pero otras, la mayoría, lo que va quedando plasmado en el papel supera sus expectativas y le llena de satisfacción.

El rey Alfonso VII se ha acercado a San Esteban de Gormaz a supervisar cómo van las obras del templo que está costeando. Le acompaña el obispo de la diócesis de Osma, ataviado con sus pesados ropajes ceremoniales en un día de extremo calor en la provincia de Soria. Maese Ordoño está nervioso. Tiene la extraña sensación de que ambas personalidades descubrirán su incapacidad para creer en la religión que está representando en sus diseños y que le expulsarán del proyecto por su impostura. Sin embargo, ambas figuras, así como su acompañamiento, quedan impresionados no sólo por la rapidez con la que avanzan las obras, sino por el magnífico diseño arquitectónico y por las dimensiones del edificio, que superan las de la cercana iglesia de San Miguel.

Alfonso VII pasea por la nave central de la iglesia -que en breve será cubierta por una bóveda que se apoyará sobre pilastras- y llega hasta el ábside al que cubrirá una bóveda de cañón. Maese Ordoño camina junto al monarca escrutando su rostro para detectar el mínimo descontento en sus facciones, pero, aparentemente, éste se muestra complacido de lo que ve. Le pide al maestro de obras que le muestre el diseño de las partes que aún faltan y le ruega que le explique qué tipo de ornamentación tiene pensada. Maese Ordoño despliega sobre un caballete improvisado los pergaminos que maneja -ajados ya en alguna esquina por su permanente uso- y le muestra la galería porticada que tiene previsto añadir al conjunto. El monarca lanza una exclamación de complacencia. El obispo, que ha quedado algo rezagado contemplando la excelente factura de los sillares y de las columnas, acelera el paso para comprobar cuál ha sido el motivo que ha producido tanto contento en el soberano. Al descubrir la galería porticada, no puede evitar manifestar su aprobación a tan hermoso diseño.

La tarde ha caído suavemente sobre el altozano. La visita de los dos personajes principales se ha alargado más de lo previsto, lo que hace suponer a Maese Ordoño que están satisfechos de su trabajo y que no han detectado ninguna incongruencia en el arte religioso que está realizando. Alfonso VII ha alabado

también el lugar de emplazamiento de la iglesia, la hermosa vega a orillas del río Duero.

Antes de subir a su montura el monarca se acerca al maestro de obras y le golpea afectuosamente el hombro. Su beneplácito sume a Maese Ordoño en un estado de felicidad difícil de describir.

Han pasado veinte años. Maese Ordoño se sienta sobre una piedra y lanza un suspiro. Sus piernas están débiles y su vista no es tan clara como antes. Además, últimamente le cuesta respirar cada vez que sube la cuesta del altozano. Esto le hace recordar que debe diseñar una rampa o escalinata para facilitar el acceso de los fieles al templo.

La iglesia ya está cubierta y el interior terminado. Ahora, los artesanos trabajan en la galería exterior porticada con orientación sur. Esta parte del proyecto exige una gran supervisión por su parte, pues el diseño que ha realizado es estéticamente bello, pero de factura delicada. Aunque ha seguido imitando a la de San Miguel, su galería será más amplia y con más número de arcos. Espera que estas diferencias amainen las críticas por su falta de creatividad, pero si no lo hacen le dará lo mismo. Él está enamorado de esa innovación arquitectónica y nadie le va a hacer desistir de sus intenciones. Sin embargo, la majestuosidad que tendrá esta galería comportará una mayor inversión y más trabajo para los artesanos. A Maese Ordoño le preocupa que si la terminación de la iglesia se retrasa él no pueda llegar a verla. Últimamente se encuentra muy cansado y levantarse cada día de la cama le cuesta un gran esfuerzo.

Se incorpora lentamente y recorre con pasos cortos y dubitativos la explanada donde trabajan los canteros. Estos se ocupan ya desde hace tiempo de esculpir las figuras de los capiteles que coronarán las columnas sobre las que descansarán los arcos. Habrá figuras con trajes de corte oriental y algunas escenas que él ha querido que parecieran bíblicas, aunque los obreros no identifican exactamente con qué pasaje tienen relación. Algunos están un poco confusos ante un diseño que muestra un parto. No les parece muy apropiado para una iglesia, pero no se atreven a hacerle ninguna sugerencia al maestro que fue tan aplaudido por el rey de Castilla y León.

Maese Ordoño descansa en sus aposentos recostado en el lecho sobre varios almohadones. Las fuerzas le han abandonado en las últimas semanas y lleva varios días sin poder acercarse por las obras. Su capataz le ha dicho que están ya con los remates y que pronto quedará definitivamente terminada. El obispo de la diócesis de Osma vendrá tras su finalización a consagrarla, aunque aún no han determinado a qué santo o a qué virgen estará dedicada. El físico que se ocupa de su salud le visita regularmente y le ha dejado sobre la mesita cercana a su lecho una pócima que debe tomar a pequeños sorbos. La pócima tiene un sabor horrible y Maese Ordoño dilata el instante de beberla. Se siente tan cansado que cree que ha llegado el momento de confesar su condición de ateo y de hacer constar su última voluntad. Sabe que como arquitecto constructor se le va a otorgar el privilegio de ser enterrado en la iglesia que ha levantado, pero él quiere rechazar esa distinción. No podría descansar en paz si es sepultado en terreno sagrado para los creyentes.

Sobre la mesita, al lado de la pócima, su capataz le ha dejado, como le pidió, recado para escribir así como pluma y tinta. Se incorpora, no sin gran esfuerzo, y toma el papel. Moja la pluma en la tinta y comienza a escribir:

“Yo Maese Ordoño, ateo, en mi propio nombre escribo que no soy de los que fingen y en el rivero quiero ser enterrado, no en la iglesia, sino en el rivero”.

El rivero del río Duero es el lugar que lleva viendo desde el altozano desde hace cincuenta años. En el bosque de álamos, los días de poniente, las ramas de los árboles movidas por el viento semejan el oleaje del mar. Ese murmullo le ha relajado en los momentos de dudas y le ha inspirado en la construcción del templo. No se le ocurre mejor lugar para descansar eternamente.

Estampa su firma y enrolla el pergamino. Cuando va a depositarlo sobre la mesita, su torpe mano tropieza con el vaso de la pócima que se derrama sobre éste. Maese Ordoño realiza un movimiento rápido para secar el papel, pero no lo termina. Lanzando un estertor queda exánime, su cuerpo desmadejado en una extraña contorsión.

El obispo sostiene en sus manos el pergamino que acaba de entregarle el clérigo de San Esteban de Gormaz. Al parecer, se trata de la última voluntad del

extraordinario arquitecto que ha construido la iglesia del altozano, Maese Ordoño, fallecido hace un mes. Lo despliega y lee:

“Yo Maese Ordoño, ...eo, nombreigen ...el rivero quiero ser enterrado, .. en la iglesia,el rivero”.

El texto está incompleto. Parece que se vertió algún líquido sobre el pergamino, pero según le transmite el clérigo y él mismo puede deducir, parece ser que Maese Ordoño expresa el deseo de que pongan el nombre al templo que ha construido de la Virgen del Rivero donde quiere ser enterrado, en la iglesia del rivero.

El obispo enrolla el pergamino y asiente con la cabeza. Consagrará la iglesia con el nombre de la Virgen del Rivero y allí será enterrado Maese Ordoño. Su cuerpo y su alma quedarán pues, según su deseo, unidos a su magnífica obra para toda la eternidad.